

II Concurso de relatos **FICCIÓN Y CIENCIA**

Categoría Senior



LOS RETROCLONES



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA



Brain Dynamics

**II Concurso de relatos FICCIÓN Y CIENCIA
Categoría Senior**

LOS RETROCLONES

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez
Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez
Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Colección Ficción y Ciencia. Senior. / Servicio de Documentación y Divulgación Científica
de la Universidad de Málaga

LOS RETROCLONES

Manuela Ruiz Montiel

I

Quince de enero de 2051

Los créditos se deslizaban por la pantalla y el reflejo de las letras hacía lo propio en la superficie brillante de los ojos aún atentos de Álex. La película había alcanzado una parte virgen de su cerebro y allí había plantado una semilla. «¿Qué pasaría—se preguntó Álex— si fuera posible?». Se respondió a sí mismo que sería muy difícil de creer.

—Papá. ¡Papá! ¿Tienes un lápiz o un bolígrafo?

—No —contestó Miguel con voz áspera (el sueño ya había comenzado a acariciar sus párpados al final de la película)—. ¿Por qué no utilizas una tableta?

—Quiero practicar caligrafía —mintió—. Dicen que es mejor hacerlo en un papel.

Miguel se levantó del sofá, despeinó a Álex con un gesto cariñoso y caminó hasta su despacho seguido por su hijo. Allí rebuscó en un cajón.

—No hay ninguno. Tampoco encuentro papel. ¿Por qué no los imprimes? —sugirió mientras regresaba al sofá para retomar sus incipientes sueños.

Álex hizo memoria. Carbono, oxígeno e hidrógeno (las cinco horas de química a la semana estaban justificadas). En el depósito de

la impresora 3D quedaban suficientes reservas, así que descargó los modelos y activó el proceso. Tras unos segundos la máquina produjo un lápiz y un folio. Álex recogió ambos objetos y corrió a encerrarse en su cuarto. Al cabo de un rato de reflexión agarró el lápiz, no sin dificultad, y comenzó a escribir con mala letra:

«Emmett Brown tiene muchos relojes. Emmett Brown tiene muchos relojes. Emmett Brown...».

Rescribió la misma frase hasta que no cabía una palabra más en la hoja. Ya nunca la olvidaría. Sin zapatos y de puntillas regresó al salón, donde su padre ya dormía del todo y el fuego de la chimenea aún no se había extinguido. Echó un último vistazo al folio y lo arrojó a las llamas. Esperó a que todo el papel quedase reducido a cenizas y entonces se fue a dormir, no sin antes darle un beso de buenas noches a su padre.

II

Dos de octubre de 2051

El termómetro emitió un pitido.

—¿Cuánto marca?

—Treinta y siete con siete. No es mucho, pero creo que debes quedarte en casa descansando.

Álex resopló. Hoy había dos horas de física cuántica, durante las cuales se sentaba junto a Jules. Quedarse en casa significaba renunciar al mejor momento de la semana, aunque lo cierto es que no se encontraba bien y no quería contagiarle nada a su compañera. Además, podía ver alguna película antigua más tarde. Al día siguiente se la contaría a Jules, sería una buena excusa para hablar con ella.

El padre de Álex comenzó a marcar un número de teléfono.

—¿A quién llamas?

—Pues a mi jefe, a quién va a ser. Me quedaré aquí contigo.

—¡Pero papá! No seas así, ya tengo trece años. ¡Me puedo quedar solo sin problemas!

Miguel lo pensó un instante y canceló la llamada. No quería agobiar a su hijo.

—Está bien chaval, pero prométeme que me llamarás si pasa cualquier cosa.

—Te lo prometo —dijo Álex sonriendo y señalando con el dedo índice a su padre. Éste respondió con el mismo gesto y los extremos de sus dedos se tocaron, rubricando el pacto.

Un terrible dolor de garganta despertó a Álex tras dos horas de sueño incómodo. Se tocó la cara y estimó que su temperatura había subido. Con esfuerzo, se deshizo de la lasaña de mantas que lo cubría y decidió buscar un antitérmico, pero antes de que pudiera llegar al baño escuchó un ruido desde el despacho de su padre. «¡Al final se ha quedado aquí! ¡Qué mentiroso!»

—¿Papá? ¡¿Por qué no te has ido?! —intentó gritar sin éxito.

No obtuvo respuesta y caminó hasta el despacho.

—¡Te dije que..!

La visión de un hombre que no era su padre fue bien recibida por su faringe, no así por su corazón, que ya de por sí latía acelerado debido a la fiebre. No transcurrió ni un segundo entre el encuentro y las palabras que pronunció el intruso:

—Emmett Brown tiene muchos relojes.

Álex no sabía si deliraba por la fiebre o si se estaba haciendo realidad uno de sus muchos sueños.

—¿Eres? ¿Eres...? —preguntó Álex al borde de la asfixia.

—Cálmate, chico. Sí, soy yo.

Pero Álex no podía tranquilizarse. Aquello significaba que era posible. La semilla que meses antes había fecundado sus neuronas al fin arraigó por completo, dando lugar a una una pasión que duraría toda su vida.

—Me tengo que ir —informó el hombre caminando hacia la salida.

—¡Un momento! Tengo que preguntarte algo.

El intruso se detuvo y miró a Álex con ojos amables, dándole permiso.

—¿Volveré a ver a mi madre?

—Nunca pierdas la esperanza —respondió tras unos segundos, reprimiendo las lágrimas y pestañeando más de lo necesario.

III Treinta de junio de 2067

Impaciente, Jules leía frases elegidas al azar de la extensa colección de documentos que habitaban la memoria de su reloj corporativo. Ella había redactado algunas secciones de tales escritos y encontraba cierto placer narcisista al releerlas con la tranquilidad de que el proyecto había sido aceptado. ¿Por qué narices no la habían dejado entrar a la reunión?

Intuyó cierto movimiento de sillas y apretones de manos tras la puerta que llevaba casi dos horas cerrada. Álex salió del despacho confirmando la intuición femenina. Tenía una cara rara. Jules apretó un botón en su reloj de pulsera y los hologramas que había estado observando hasta ese momento se disolvieron en el aire viciado del departamento de Impresión Biológica de la Universidad de Málaga.

—Joder Álex, ¿qué pasa?

Álex fijó sus ojos en los de Jules. Aún no se podía creer que ella estuviera allí, después de tantos años. El curso del 51 apenas había concluido (y Álex apenas había reunido agallas para invitarla a la fiesta de fin de curso) cuando Jules se fue a vivir con su madre a Inglaterra. Ahora solo le apetecía decirle cosas agradables, contarle todas las películas antiguas que había visto. Felicitarla una y otra vez por haber hecho uno de los más importantes descubrimientos de los últimos años en el campo de la física. Sin embargo, estaba a punto de socavar sus ilusiones.

—No vas a ir tú —informó Álex.

—Ja, ja, vamos Álex, que ya nos conocemos.

Los ojos masculinos se anclaron en los femeninos. Sin pestañear. De estar bromeando habría comenzado a parpadear de manera compulsiva; no sabía mentir. Jules lo recordaba bien y no pudo contener un indicio de llanto que empañó sus ojos azules.

—Solo hemos encontrado un destino seguro, y no lo conoces. Lo siento... Sabes cómo se ponen de paranoicos con estos temas. El director ha querido que te lo contara yo.

—¿Y cuál es ese destino? —preguntó Jules tras una pausa que utilizó para secarse los ojos y asimilar la noticia.

Álex no dijo nada.

—Un momento... —continuó Jules—. ¿Quería que me lo dijeras tú? ¿Acaso vas a ir tú? ¡Joder, dime algo!

—El único equipo seguro con suficientes reservas está en mi casa. Supongo que soy la persona más adecuada —contestó Álex con un deje de amargura en la voz. Debería haberla invitado alguna vez cuando eran pequeños.

—¿Cómo? No es posible. ¿En tu casa? ¿Me estás diciendo que vamos a utilizar un equipo doméstico?

—Es un buen equipo, Jules. Mi padre invirtió mucho dinero en él. En la universidad no hay ninguno que tuviera suficientes reservas en el 51 debido a la crisis del carbono.

—Y no puede hacerse en otro año? —preguntó Jules en un último intento, aunque estaba algo más calmada.

—Sabes que no. En el departamento de Periodismo Político aseguran que en octubre de ese año el antiguo presidente del gobierno asistió a varias reuniones secretas con empresarios de

la industria química. Es la única oportunidad que tenemos para destaparla.

Jules sonrió. Una de sus mayores virtudes era la de adaptarse con facilidad a lo que había.

—Quién te iba a decir... Tú, convertido en un espía. En el fondo me extraña que no hayan querido ir los periodistas.

—Están acojonados. Piensan que van a volverse esquizofrénicos o algo así —opinó Álex, tras lo cual tomó aire, como intentando reunir valor para decir algo—. Jules... Tengo que darte las gracias. Sin ti jamás habríamos podido poner en práctica todo lo que hemos desarrollado en este departamento. El ministerio siempre ha considerado que la coexistencia del original y de su impresión sería ilegal.

—Pero... ¿Nunca lo habéis hecho antes?

—Solo con chimpancés. Sabemos que las copias actúan exactamente igual que los originales, que tienen sus mismos recuerdos. Ya conoces los resultados de los experimentos. Pero no sabemos qué se siente. Es emocionante, ¿verdad?

Jules bajó la mirada y Álex pensó que se había ofendido por su comentario; al fin y al cabo ella no iba a experimentar esa emoción. Pero luego recordó que ese gesto siempre lo hacía cuando algo la inquietaba.

—Ja, ja, vamos Jules, ¿no estarás preocupada? Te recuerdo que hasta hace un momento pensabas que eras tú la elegida.

Jules no dijo nada. Intentó apartarse unos mechones rubios de la cara sin éxito. Tenía las mejillas y los labios enrojecidos.

—Me parece que has visto muchas películas... —dijo Álex, colocando con cuidado los suaves mechones rebeldes de Jules tras sus orejas.

—Fuiste tú quien me inculcó esa afición, así que no te quejes —se defendió.

Álex no podía dejar de mirar los ojos de Jules.

—Me recuerdas a Jodie Foster.

—Tú no te pareces nada a Matthew McConaughey —replicó Jules, conteniendo una sonrisa.

—Mmm... Me alegro. Su personaje era una especie de cura ñoño, si no recuerdo mal.

—Pues a Jodie Foster le temblaban las piernas cada vez que lo veía.

IV

Diecisiete de julio de 2067—Dos de octubre de 2051

—¿Has leído el dossier? —preguntó el director del departamento de Periodismo Político, Fabio Abascal.

«Menuda pregunta de mierda» —pensó Álex. Ya se lo sabía de memoria. Durante las dos últimas semanas no había hecho otra cosa que memorizar los detalles del asunto. Debía trasladarse a Madrid, entrar en un edificio haciéndose pasar por electricista e instalar algunos micrófonos. Con suerte, captaría una grabación que incriminaría al anterior gobierno en un caso de corrupción. Debía encriptarla y adjuntarla en un correo electrónico, programado para ser enviado a las 11:05 del diecisiete de julio de 2067.

—Claro que sí —se limitó a responder Álex.

—Sigo sin entender —continuó Fabio Abascal— por qué no enviar antes el e-mail. Ya podríamos tener la información necesaria para enchironar a esos cabrones.

Jules sintió que le tocaba hablar a ella.

—Porque no lo hemos recibido aún, Fabio. Es el principio de Novikov. Esto que estamos haciendo forma parte de la historia. Si Álex viajara con la intención de programar el envío del correo para, pongamos, julio de 2065, ya lo habríais recibido entonces.

El rostro de Fabio Abascal no mostró un ápice de comprensión.

—Bueno, no importa —dijo Jules—. En cualquier caso, si la misión sale bien, el correo llegará hoy. Dentro de quince minutos.

Álex entró en la unidad de extracción de modelos. El aparato se parecía a los escáneres que se usaron en los hospitales hasta los años veinte. El proceso era inocuo, pero aun así contaban con la presencia de un psiquiatra. No sabían si la impresión tendría consecuencias psicológicas en el original de Álex.

—¿Llevas la pastilla? —preguntó el médico.

Álex mostró un colgante hasta ahora oculto bajo su camisa. Era un pastillero. Lo abrió y todos pudieron ver la cápsula, mínima y negra. Jules se mareó levemente.

—¿Qué sucederá si no es capaz de tomársela? —preguntó Fabio Abascal a Jules en un susurro.

Jules lo aniquiló con la mirada.

—Lo que tenga que pasar ya ha pasado, Fabio —contestó Jules con amargura, preocupada por Álex. Iba a ser duro.

—Entonces todo está listo —informó el técnico de laboratorio.

—¡Un momento! —exclamó Jules, acercándose a Álex.

—¿Qué pasa, Jules? No te preocupes, estaré bien. La extracción tarda muy poco.

—¿Sabes? —murmuró Jules junto al oído de Álex—. En realidad sí que te pareces un poco a Matthew McConaughey.

A Álex le dio un vuelco el corazón.

—Lo sé —respondió.

Jules se apartó y el técnico de laboratorio pidió permiso para comenzar el proceso. Un silencio sepulcral invadió la sala y otorgó la confirmación necesaria al técnico. Cuando la extracción concluyera, la información del modelo de Álex sería enviada utilizando el túnel cuántico descubierto por Jules. Eran las 10:55 cuando la máquina entró en funcionamiento.

Álex despertó. Estaba en el despacho de su padre, justo en el epicentro de la gran impresora 3D que presidía la habitación. El recuerdo de la confesión de Jules aún perduraba en su memoria. Aunque no era ese el único recuerdo que en aquel momento rondaba su mente. Sabía lo que iba a pasar.

Escuchó unos pasos acercándose. Un niño llegó al despacho y se quedó petrificado ante la visión de un intruso en su propia casa. Álex no lo pensó dos veces.

—Emmet Brown tiene muchos relojes.

La máquina emitió un pitido cuando el último terabyte hubo sido enviado. Álex se levantó rápidamente, de una pieza y sonriendo. Se quitó el colgante. Miró el reloj de la pared: las 11:04.

—Ya queda poco...

A las 11:05, un sonido delató la llegada de un e-mail. Todos contuvieron la respiración mientras Fabio Abascal comprobaba el contenido adjunto. La voz del antiguo presidente del gobierno comenzó a sonar en la sala. Justo después escucharon la del todavía director de una de las más importantes químicas del país. Estaban hablando de dinero.

Todos comenzaron a dar saltos de alegría, felicitando a Álex. Todos menos Jules. Lo abrazaban y besaban como si él hubiera sido el único artífice del éxito. Jules lo observaba todo desde una esquina. Álex pudo imponer su voz entre los gritos histéricos de sus compañeros:

—Felicidad a Jules. Sin ella, nada de esto habría sido posible.

Un aplauso hizo temblar las paredes.

La celebración había sido larga. A las once de la noche ya se habían cansado de felicitarse mutuamente y todos se fueron a sus casas.

Álex acompañó a Jules a la suya. Por fin estaban solos.

—Oye, ¿qué te pasó antes, en el departamento? ¿Estabas molesta porque no te felicitaron?

Jules lo fulminó con la mirada.

—No seas imbécil. Estaba preocupada por ti.

—Pues ya ves, estoy perfectamente. No escucho voces, ni siento que esté dividido. Todo está bien. Bueno...

—¿Bueno, qué? ¿Qué te pasa?

—No es nada, solo siento que no merezco tantas felicitaciones. No soy consciente de nada de lo que he hecho. Ha sido como enviar a mi avatar a una maratón y quedar el primero. No es justo.

Jules suspiró aliviada. Llegaron a su portal.

—Sigo estando preocupada por ti. No por ti estrictamente, sino por tu copia, ya sabes. Va a ser difícil para él.

—Al menos se irá con un buen recuerdo, ¿no crees, Jodie?

Jules no lo dudó un instante y besó a Álex en los labios.

—Ahora sí que compadezco a mi otro yo —dijo Álex cuando recuperó el aliento.

V

Treinta de julio de 2067—Doce de octubre de 2051

Álex y Jules paseaban por el puerto, cogidos de la mano.

—Mi padre siempre me traía aquí cuando era pequeño. Era su lugar favorito.

Jules se detuvo. Cerró los ojos y se situó de cara al mar.

—No es extraño. Aquí es imposible sentirse nervioso.

La grabación terminó de adjuntarse al correo. Álex introdujo una fecha y una hora en el sistema: «17/07/2067, 11:05». Tocó el botón de envío programado.

—Ya ha terminado todo —musitó para sí mismo.

Borró permanentemente todos los datos de la tableta y la tiró a la basura. Caminó en la oscuridad de la madrugada hasta el Viaducto de Segovia. Una vez allí miró la carretera a través de las pantallas transparentes que intentaban disuadir a los suicidas.

—Al fin y al cabo no moriré por el impacto —dijo a la nada.

Extrajo la pastilla negra del colgante. Siempre había pensado que dar ese paso sería muy difícil, pero ahora se ofrecía como una dulce alternativa a la soledad. Además, albergaba cierta esperanza. ¿Se encontraría con su madre? No la recordaba, pero estaba seguro de que la reconocería si la viera.

Eran las cuatro de la madrugada. No había coches por la carretera, no había testigos viandantes. Trepó a duras penas por las pantallas

disuasorias y se sentó en la parte superior de la estructura de meta-crilato, en un precario equilibrio. Los pies le colgaban y sentía un miedo instintivo que pudo ignorar con éxito.

Se la tragó. Ahora debía saltar, y así lo hizo. El cuerpo de Álex falleció a mitad de camino entre el viaducto y el asfalto; la pastilla había borrado todo indicio de vida y de ADN. Nadie sabría jamás de quién era aquel cuerpo desfigurado.

Al despertar, lo primero que vio fue el mar y una mujer rubia de espaldas.

—¡Joder, Jules! —exclamó Álex justo antes de marearse y caer al suelo. Sentía una leve náusea. La brisa fresca del mar impidió que se desmayara.

Jules se dio la vuelta, sobresaltada.

—¡Álex! ¿Qué te ocurre?

Álex comenzó a reír. Reía a carcajadas.

—¡Lo recuerdo todo! ¡Es increíble! —exclamó cuando hubo terminado.

—¿Qué recuerdas?

—La misión, todo lo que hice, todo por lo que me felicitaron.

Jules se sentó en el suelo junto a él y lo abrazó.

—Me alegro muchísimo.

—Y lo mejor de todo es que él no ha muerto. Tras tomarse la pastilla, ¡se ha despertado aquí! ¡Es como si nos hubiéramos reunido!

Esta vez fue Jules quien comenzó a reír a carcajadas contagiando a Álex. Rieron durante diez minutos seguidos, sentados frente al mar.

VI

Veinticuatro de diciembre de 2070—Doce de septiembre de 2037

—Es increíble que nunca antes me hayas traído aquí —dijo Jules.

—Esta casa me trae muchos recuerdos. No la pisaba desde que mi padre murió. Bueno, no... También estuve aquí en mi primera misión, ¿recuerdas?

Jules emitió un sonido confirmatorio.

—Por cierto, ¿ya te has reunido? —preguntó Álex.

Tras el éxito de la primera misión, el departamento de Álex continuó organizando misiones llevadas a cabo por retroclones. Ya habían destapado algunos casos importantes de corrupción política y empresarial. Hacía unos días habían enviado a un retroclón de Jules al año 2037.

—Calculo que sucederá hoy, según la fecha del e-mail que recibimos —respondió Jules, cotilleando las fotos familiares que había enmarcadas sobre el aparador del salón—. Nunca me habías enseñado fotos de tu padre. Era un hombre muy atractivo —dijo levantando la mirada hacia donde estaba Álex—. Aunque no se parece en nada a ti.

—Vaya, muchas gracias. Supongo que habré salido a mi madre. Qué pena que no tenga fotos de ella.

—Seguro que ella era una belleza de pasarela.

—Mejorando lo presente.

Jules esbozó una sonrisa que de repente se convirtió en arcada.

—Venga ya, ¿tan feo soy?

—¡Apártate! —exclamó Jules con la boca semicerrada corriendo hacia el baño.

Álex se rió.

—Ya me contarás ahora.

Una arcada le sobrevino nada más programar el envío del e-mail con los resultados de la misión. «Putá comida de los cuarenta» —pensó Jules. Intentó ignorar el impulso, pero era imposible. Entró en el restaurante más cercano y preguntó por el servicio.

Al salir del restaurante sintió una punzada de aprensión. ¿Se habría intoxicado con algún alimento contaminado? No pudo más que reírse cuando tomó conciencia de lo que tenía que hacer ahora; un gastroenteritis no importaba demasiado en ese contexto.

Todavía era de día, así que pasearía por la ciudad hasta que llegara la noche. Por suerte se encontraba en Málaga. Normalmente las misiones eran en Madrid o en Barcelona, pero esta vez había lidiado con un asunto más local.

Sintió náuseas de nuevo. «¿Pero qué narices?». Esta vez pudo contenerse, aunque estaba un poco mareada.

«Un momento. Joder. Joder, joder».

A lo lejos había una farmacia. Solo era una sospecha. Una posibilidad. Pero debía asegurarse antes de tomarse la pastilla. No había antecedentes de algo así.

Había caminado hasta el puerto. Necesitaba pensar, el test había dado positivo. Puede que el mar le susurrara alguna respuesta. Se sentó en un banco.

Las ideas comenzaron a aclararse en su mente. No iba a suicidarse, al menos no ahora. No sabía qué le podía ocurrir al feto. Si era consciente, si sufriría. Lo tendría aquí, en 2037. Bueno, 38. Pero tenía que buscar a alguien que permaneciera junto a su hijo o a su hija cuando ella se fuera. No pensaba quedarse aquí para siempre, no era natural.

«Perdóname, Álex» —pensó. Se levantó y comenzó a caminar, mirando a su alrededor. Aprovecharía su buena intuición para esto.

Y efectivamente, en cuanto lo vio, lo supo. Estaba sentado de cara al mar, leyendo una novela. Jules la conocía. Se acercó.

—¿Conoces la película? —preguntó con voz dulce, sentándose a su lado.

El hombre levantó los ojos del papel y miró a Jules. Tardó unos segundos en responder.

—No soy muy cinéfilo —dijo, al fin.

—Pues habrá que solucionar eso. Mucha gente opina que la película es mejor que la novela. Además, ¿qué clase de palabra es «andrillos»? Queda mucho mejor llamarlos «replicantes».

El hombre cerró el libro sin ni siquiera marcar la página.

—¿Cómo te llamas?

—Jules. ¿Y tú?

—Encantado, Jules. Yo soy Miguel. ¿Te apetece un café?

VII

Doce de marzo de 2039—Veinticuatro de junio de 2072

Jules ingirió la pastilla con la conciencia tranquila. Su hijo Álex estaba al cuidado de una de las mejores personas del mundo. Saltó al vacío.

—¡Pero qué niño más guapo! —exclamó Álex mientras le cambiaba el pañal a su hijo. Jules los miraba intentando que no se le cayera la baba. De repente sintió náuseas. «¿A qué viene esto? No estoy en ninguna misión» —pensó. Se levantó para coger un vaso de agua, pero tuvo que volver a sentarse debido al mareo.

Y de repente todo encajó. Finalmente se había reunido.

—Tengo que enseñarte unas fotos más de cuando tenía un año, Jules. Tu hijo es clavadito a mí.

Jules tomó aire, como preparándose para decir algo importante.

FIN